

Promotio Iustitiae

UNA ESPIRITUALIDAD QUE NOS RECONCILIA CON LA CREACIÓN

“El futuro que queremos” exige “reconciliación con la creación”

Xavier Savarimuthu sj

La contemplación para alcanzar amor y la ecología

José Alejandro Aguilar sj

La interacción de la fe y la justicia en cuestiones medioambientales

Prem Xalxo sj

Ecología y consolación

José García de Castro sj

La dinámica de las cuatro semanas: la base espiritual para la reconciliación con la creación

James Profit sj

El sueño de un jesuita mayor

John Surette sj



Editor: Patxi Álvarez sj

Coordinadora de Publicación: Concetta Negri

El Secretariado para la Justicia Social y la Ecología de la Curia General de la Compañía de Jesús publica *Promotio Iustitiae* en español, francés, inglés e italiano en la página web: www.sjweb.info/sjs. Allí podrá acceder a todos los números editados desde el año 1992.

Si desea hacer algún breve comentario sobre un artículo será sin duda bien recibido. De igual modo, si desea enviar una carta para su inclusión en un próximo número de *Promotio Iustitiae* utilice por favor la dirección, el fax o el correo electrónico indicados en la contraportada.

Les animamos a reproducir los artículos total o parcialmente siempre que lo consideren oportuno, agradeciéndoles que citen a *Promotio Iustitiae* como fuente y que envíen una copia de su publicación al Editor.

Contenido

Editorial	4
“El futuro que queremos” exige “reconciliación con la creación”	5
Xavier Savarimuthu sj	
La contemplación para alcanzar amor y la ecología	10
José Alejandro Aguilar sj	
La interacción de la fe y la justicia en cuestiones medioambientales	15
Prem Xalxo sj	
Ecología y consolación	22
José García de Castro sj	
La dinámica de las cuatro semanas, base espiritual para la reconciliación con la creación	27
James Profit sj	
El sueño de un jesuita mayor	32
John Surette sj	



Editorial

Patxi Álvarez sj

Sentimos hoy el dolor del planeta. Creíamos que sus recursos eran ilimitados, al igual que su capacidad para recuperarse del daño que le hemos infligido, pero hemos descubierto que nuestro querido planeta azul es frágil y vulnerable. Hemos transformado su fisonomía durante milenios, acabado con especies, modificado los espacios naturales; sin embargo en los dos últimos siglos, a partir de la revolución industrial, la presión que venimos ejerciendo sobre los ecosistemas y sobre las condiciones del clima se ha incrementado y nos está llevando hacia situaciones de extinción masiva de especies y a la transformación de los patrones climáticos. Los seres humanos no quedaremos libres de las consecuencias; en particular serán los más pobres quienes las sufran con mayor virulencia.

No podemos seguir tratando la tierra de este modo. Necesitamos cambiar. Hablamos de cambios personales, institucionales, nacionales, globales. El desafío nos desborda, pues afecta a nuestro modo de consumir, a las tecnologías con las que producimos bienes, a los valores culturales sobre los que se asientan nuestros países y también a sus políticas.

Todos nosotros participamos en las causas de la crisis ecológica en la que nos encontramos. Tenemos necesidad de reconocer que nuestro modo de vida afecta a la salud del planeta, para poder modificar nuestras prácticas y hábitos. Nos ayudará a ello una sana actitud de agradecimiento al Creador por el don de la creación, esto es, por la naturaleza y los seres que la habitan. A su vez nos corresponde tomar decisiones encaminadas a la protección del medioambiente en nuestras comunidades e instituciones. Deberemos sortear la tentación del desaliento ante una batalla que muchas veces se nos antoja perdida, pues nos sentimos muy pequeños ante la magnitud del desafío. Estamos llamados a levantarnos ante los fracasos y las pérdidas, que las habrá, y mantener una actitud de esperanza.

Hablamos por tanto de reconocimiento del mal producido, de agradecimiento, de compromiso, de afrontar tentaciones y fracasos, de esperanza. Es decir, hablamos de un terreno en el que la espiritualidad está particularmente bien preparada para ayudarnos. La espiritualidad ignaciana, en especial, nos ofrece motivaciones para implicarnos en la defensa de la creación, para contribuir a la “reconciliación con la creación” de la que hablaba la Congregación General 35.

En este número de *Promotio Iustitiae* hemos pedido a varios autores que nos ayuden a descubrir en la espiritualidad ignaciana –y en su medida en la teología cristiana– resortes que inspiren en nosotros un nuevo modo de relacionarnos con la naturaleza, a fin de que podamos quererla mejor, respetarla y protegerla. Se trata de cinco perspectivas diferentes que profundizan en las raíces espirituales de nuestro compromiso ecológico. Profundizando en ellas podremos involucrarnos más decididamente en la “reconciliación con la creación”. Esperamos que la lectura de estas páginas nos pueda ayudar en esta empresa.



“El futuro que queremos” exige “reconciliación con la creación”

Xavier Savarimuthu sj

St. Xavier's College, Kolkata, India

“El futuro que queremos” y la “reconciliación con la creación” fueron los temas principales de la cumbre de Río +20 y de la Congregación General 35, respectivamente. “El futuro que queremos” para nuestro bienestar está experimentando un cambio radical debido a las actividades tanto humanas como naturales. La humanidad no ha hecho caso de la exhortación divina de “guardar y cultivar” la tierra. La humanidad ha degradado los campos mediante el uso indiscriminado de fertilizantes, desecado los acuíferos, esquilmando las entrañas de la madre Tierra, destruido el frágil equilibrio ecológico y contaminado incluso el espacio exterior con los restos de su presencia. La Tierra se queja y reclama la reconciliación con la creación.

La promesa divina de “integridad” y la “fragmentación” humana

“Mientras dure la tierra no han de faltar siembra y cosecha, frío y calor, verano e invierno, día y noche” (Génesis 8,22): estas fueron las primeras palabras de Dios a Noé una vez que las aguas del diluvio se habían retirado y Dios había devuelto la vida a la devastada tierra. Dios prometió al fiel Noé que no volvería a maldecir el mundo natural a causa de las acciones del ser humano. Los ciclos y ritmos básicos de la naturaleza se mantendrían constantes, y su regularidad daría testimonio de la fidelidad de Dios al mundo creado y a la alianza sellada con los seres humanos, a pesar de la inherente inclinación humana al mal.

En tiempos de Noé, los seres humanos eran cazadores-recolectores, como mucho agricultores principiantes. Sin embargo, sabemos que sus pecados atrajeron la ira de Dios. Hoy, en comparación, hemos degradado los campos mediante el uso indiscriminado de fertilizantes, desecado los acuíferos, esquilmando las entrañas de la madre Tierra para satisfacer nuestra codicia de recursos minerales, destruido el frágil equilibrio ecológico con los humos tóxicos de nuestras industrias y contaminado incluso el espacio exterior con los restos de nuestra presencia. Si los contemporáneos de Noé eran meros pecadores, nosotros somos muertos vivientes, condenados a la eternidad.

Todo esto ha ocurrido porque no hicimos caso al Señor cuando dijo: “Guardad y cultivad [el jardín]” (Génesis 2,15), “dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Marcos 12,17). En nuestra búsqueda hedonista de consumo, hemos optado por ignorar a Dios, por devolverle, en términos de “dividendo medioambiental”, lo que él primero nos dio para disfrutar. Nos hemos desviado del camino que nos mostró, hemos sido codiciosos, hemos cometido pecados capitales y no nos hemos absuelto de nuestros pecados.

Las acciones de Dios y la acción de jugar a ser Dios

Lo primero fueron las acciones de Dios –desastres naturales: inundaciones, sequías, pestes, etc.–, calamidades que amedrentaron a la humanidad, empujándola a la sumisión. Estas calamidades que empequeñecieron al ser humano le llevaron también a orar al Todopoderoso en busca del arco de la reparación. Luego, ayudado por la lámpara de la ciencia, el ser humano partió a la conquista de los elementos, con la pretensión de subyugar la naturaleza y jugar a ser Dios. En su precipitación ciega, pensó que no solo podría replicar lo que Dios había creado, sino también utilizar la fuerza de la benevolencia divina para ensanchar el horizonte.

Las desastrosas consecuencias de esta estrategia desesperada están a la vista de todos. Los casquetes polares se derriten. El nivel de los mares sube. Las condiciones climáticas se tornan extremas, con los veranos cada vez más rigurosos, los infiernos más fríos y los monzones más imprevisibles. Sequías, inundaciones, tsunamis y terremotos murmuran en señal de protesta, y la frecuencia con la que acontecen es cada vez más regular. Un Dios benevolente le pide al hijo descarriado que enmiende su camino; y esto se lo dice enfadado, pero reacio a asumir una justicia que tendría que ser bien severa.

El llamamiento a la reconciliación: el camino ignaciano

En los Ejercicios Espirituales, san Ignacio nos invita a todos a contemplar la creación y a descubrir en ella al Creador: habitando en todas las criaturas y trabajando por nosotros en cada realidad concreta, así como en el conjunto de la historia (EE 234-236). El compromiso jesuita con la defensa y protección de la naturaleza y del medio ambiente se asumió ya durante la fase preparatoria de la Congregación General 34 (CG 34, 1995). En 1999, bajo la responsabilidad de Michael Czerny, un equipo elaboró el documento titulado “Vivimos en un mundo roto” (*Promotio Iustitiae*, abril de 1999, no. 70). Ese documento ha acompañado durante muchos años la reflexión y el trabajo de numerosos jesuitas y laicos asociados comprometidos en temas ecológicos y medioambientales. La CG 35 puso de relieve que los ministerios jesuitas deben desarrollarse “en las fronteras” y dar respuesta a un “llamamiento a la reconciliación”. Esta CG decidió incorporar los retos medioambientales y ecológicos al núcleo de la misión de la Compañía. El llamamiento era a establecer relaciones justas; y la respuesta apostólica consistía en construir relaciones justas con Dios, entre unos seres humanos y otros y también con la creación (CG 35, decreto 3, nos. 33-34). Los Ejercicios Espirituales acentúan la inmanencia de Dios en el mundo creado e invitan a los ejercitantes a encontrar a Dios en todas las cosas. Un concepto análogo aparece en el capítulo 4 de la Upanishad Isavasya: “Isavasyam idam sarvam...”. Todo el universo está impregnado por el Señor, lo que se mueve y lo que no.

El futuro que queremos: iniciativas de Río+20

Más de 2.000 personas, en representación del mundo de los negocios, así como inversores, gobiernos, autoridades municipales y regionales, sociedad civil e instituciones de las Naciones Unidas, participaron en la conferencia organizada por las Naciones Unidas en Río de Janeiro (Brasil) en junio de 2012, la mayor de las de este tipo hasta la fecha. Se debatieron temas del día, se impartieron charlas, se trazaron hojas de ruta. Pero, ¿nos llevará todo ello a la liberación ecológica? La respuesta no hay que buscarla muy lejos.

“Buscad primero el reino”

Es más probable que las personas clamen a Dios cuando pasan necesidad que cuando nadan en la abundancia. Con demasiada frecuencia, los ricos se tornan confiados y autocomplacientes y atribuyen sus riquezas a su propio esfuerzo en lugar de reconocer que todo don bueno procede de Dios. Cuanto más fácil nos resulta la vida, cuanto más disfrutamos de nuestras riquezas, tanto mayor es la tentación de acumular tesoros en la tierra en vez de en el cielo. Si centramos nuestra atención en las riquezas y posesiones materiales, negamos a Dios la gloria y alabanza que merece. Debemos servir a Dios, no perder el tiempo intentando enriquecernos (cf. Proverbios 23, 4). El deseo de nuestro corazón debería consistir en acumular riquezas en el cielo y despreocuparnos de qué comeremos, beberemos o vestiremos. “Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia, y lo demás os lo darán por añadidura” (Mt 6, 25-34).

Necesidad frente a codicia

Los ricos del mundo: pueblos y naciones se han convertido en filisteos en su adoración a Mamón. Sus acciones les están alejando de la senda de la justicia, sus acciones ocasionan a menudo un daño irreparable a la Tierra; y las consecuencias de ello son padecidas por todos, en especial por los débiles y los pobres.

Jesús dijo que es muy difícil que los ricos entren en el reino de Dios. Cuando un joven rico le preguntó a Jesús que debía hacer para heredar la vida eterna, Jesús le dijo que vendiera todas sus posesiones y diera el dinero a los pobres. “Al oírlo, el joven se marchó triste, porque era muy rico” (Mateo 19, 16-22, aquí v. 22; cf. Lc 10, 17-31). Exhortándole a renunciar a su dinero, Jesús puso de relieve el principal problema del joven: la codicia. El joven no podía seguir a Cristo porque seguía a su dinero. Su amor a este mundo interfirió en su amor a Dios.

Cambio climático global y refugiados climáticos

Hoy, cuando hablamos del “futuro que queremos”, nos enfrentamos a un dilema análogo: mientras en nuestros corazones anide la codicia, no es razonable esperar que alcanzaremos el fin mayor de un futuro orden mundial ecológicamente equilibrado y sostenible, revirtiendo la tendencia al calentamiento global y al cambio climático.

Considérese el elocuente ejemplo de los refugiados climáticos de Bangladesh. Por una parte, como consecuencia directa de la revolución industrial, el nivel de los mares ha ido ascendiendo hasta el punto de que amenaza con inundar amplias franjas de costa, lo que convertiría a millones de personas pobres y dejadas de la mano de Dios en refugiados climáticos. Por otra parte, el mundo “civilizado”, “avanzado” y “próspero” todavía no ha acuñado un término para designar a estas personas, por no hablar de adoptar medidas concretas para dar respuesta a –y atenuar– su grave situación. No es ninguna coincidencia que los países que más contaminan y que en mayor medida contribuyen a la amenaza del cambio climático sean también los que tienen leyes de inmigración más restrictivas. ¿Dónde está la compasión que “él” nos enseñó? Si no trabajamos con ahínco por un orden mundial “justo”, corremos el riesgo de desatar la ira de la naturaleza; pues tal como están hoy las

cosas, los pobres y los hijos del mundo futuro serán quienes más tengan que padecer a causa de nuestras locuras.

Esta crisis ecológica y medioambiental que hoy nos mira de hito en hito a los ojos no es algo localmente específico ni confinado a las fronteras trazadas por el ser humano. Es un desastre que se cuece lentamente en un horno de proporciones globales y épicas. Y será “equitativo” con todos a la hora de aplicar su sentencia.

La ciencia podría decirnos perfectamente cómo recortar las emisiones globales de gases de efecto invernadero y cómo utilizar de manera óptima los limitados recursos de la Tierra; pero hasta que pongamos coto a nuestra ansia de más y a nuestra codicia de –y apego a– los bienes terrenales, apenas seremos capaces de hacer algo más que hablar con grandilocuencia.

Hemos de reconocer que hemos fracasado miserablemente como guardianes, como custodios, al igual que en la parábola de los talentos, y pedirle a Dios que nos muestre el camino hacia delante. Él nos ha dado esta tierra; ¡mostrémosle lo bien que podemos cuidarla para sus hijos futuros!

Del caos al cosmos

Como jesuita e hijo de Dios, no pierdo la esperanza. En palabras del Santo Padre, debemos creer “contra toda esperanza” (Rom 4, 18). También hoy, ante tantos cúmulos de cielo gris, hemos de ver la luz de la esperanza y dar nosotros mismos esperanza. Custodiar la creación, custodiar a cada hombre y cada mujer con una mirada de ternura y de amor es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza” (Francisco I, misa inaugural de su pontificado). En efecto, hemos creado el caos. Estoy seguro de que Dios tomará este caos y a partir de él creará su cosmos. Pero para que él actúe así, tenemos que demostrar la honestidad de nuestras intenciones. Hemos de abrazar un estilo de vida sostenible. Debemos retornar a la senda del *tantum quantum* y vivir una existencia sencilla, pero llena de sentido. Debemos purificar nuestra alma de toda codicia y aplacar los deseos apremiantes de un consumo excesivo y de gratificación instantánea, esos hermanos gemelos que han originado las dos amenazas que se ciernen sobre la creación de Dios: el calentamiento global y el cambio climático.

Conclusión

Las respuestas están profundamente arraigadas en nuestra tradición jesuita: en nuestra comprensión de la ecología, de hondas raíces, y en la necesidad de llevar una vida en armonía con el mundo en su conjunto, animada por un corazón compasivo y una visión para la resistencia. El bienestar de la vida está asegurado por los elementos cualitativos y cuantitativos del medio ambiente. Cuando terminó de crear la tierra y las diferentes formas de vida, el Creador expresó su admiración y asombro ante su creación: “Y vio Dios todo lo que había hecho: y era muy bueno” (Génesis 1, 31). Y bendijo todo. El Señor Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín del Edén, a fin de que lo guardara y cultivara (cf. Génesis 2, 15). ¡Venga, extendamos con nuestro ejemplo la luz de la conciencia y rescatemos de la condenación a quienes están pecando, de suerte que la Tierra pueda asistir a un nuevo amanecer! No echemos en saco roto la invitación del Santo Padre: “Seamos “custodios” de la creación, custodios del plan de Dios inscrito en la naturaleza, custodios unos de otros y, todos juntos, custodios del medio ambiente”. Necesitamos avanzar del egocentrismo al

antropocentrismo, y de este al biocentrismo, y de ahí al ecocentrismo y luego, por último, al geocentrismo.

Original inglés
Traducción José Lozano-Gotor



La contemplación para alcanzar amor y la ecología¹

José Alejandro Aguilar sj
Programa Suyusama, Colombia

La Contemplación para Alcanzar en la dinámica de los EE

Para situar la Contemplación para Alcanzar Amor (CAA) en el texto de los EE, podemos tener presente lo que podríamos llamar el movimiento de los EE. Una *moción* presupone una representación espacial, donde sucede un movimiento; tiene un inicio, un medio y un fin. Una moción de consolación o de desolación es un movimiento que se produce en nosotros, que empieza, alcanza un punto medio y termina. Hace un recorrido.

La palabra que resume la consolación en las diferentes descripciones que san Ignacio hace de esa moción, es el amor. Para san Ignacio el amor es un movimiento que me saca de mí mismo, una salida de mi propio amor. Movimiento que quiere implicar en el amor la totalidad del ser. Se trata de dejar que el amor venza el egoísmo, los apegos desordenados, para que pueda abrazar en el amor a todos los seres y a la creación.

Para San Ignacio la moción no solamente es importante porque es agradable, sino porque en la medida en que es acción de Dios, muestra lo que puede llegar a ser la verdad de mi vida.

La objetividad de la moción y que la distingue de la emoción, se manifiesta en la misión. Cuando miramos más la necesidad de los otros y de la creación que el propio deseo, trascendemos la satisfacción y nos ubicamos en la misión. En la medida en que la acción creadora de Dios y la vida redentora de Cristo son para mí una interpelación, se convierten en una cuestión sobre mi propia vida.

Se trata del don que pedimos para avanzar en la dirección de aquello que le da pleno sentido a nuestra existencia, contribuyendo a construir caminos de reconciliación para todas las desavenencias, a superar todas las inequidades e injusticias; para que nuestros corazones se vayan llenando de Dios, única manera de contrarrestar el profundo vacío que hay detrás del apetito voraz de riqueza, poder y placer; desorden de sentido que hoy se expresa dramáticamente tanto en la muerte y pobreza de millones de seres humanos, como en el deterioro del patrimonio natural.

¹ Este artículo podría también tener el título: “Conversaciones con el texto de Ulpiano Vásquez: *La Contemplación para Alcanzar Amor* (publicado en portugués por Ediciones Loyola, de Sao Paulo, 2005), en clave de ecología y medio ambiente”. Me han impresionado la claridad y profundo conocimiento que Ulpiano tiene de la espiritualidad ignaciana y su facilidad para comunicarlo. Presento aquí en forma resumida, las partes del texto que más me ayudaron.

En la medida en que descubrimos lo que Dios coloca en nuestra voluntad podemos decir que escogemos². Si no escuchamos este mensaje, nuestras opciones, por nobles que sean, por la paz, la justicia, el medio ambiente, durarán el tiempo que duren las razones que nos llevaron a ellas, o lo que dure nuestra emoción.

Para san Ignacio la relación con Dios es bidireccional: el Creador actúa en la creatura y la creatura en el Creador. Desde los primeros pasos de la revelación, Dios aparece como alguien que es afectado por la humanidad: Dios se alegra, se enfurece, se arrepiente, es afectado por nuestro amor o por nuestra falta de amor. Amor o falta de amor a los otros, a los últimos y a la creación.

La finalidad de la CAA, el sentido de las palabras y las notas

La contemplación puede ser considerada, al mismo tiempo, como resumen de los EE y como la manera de encarar la vida después de ellos.

Contemplación: En el texto de la CAA, vamos a encontrar una forma de contemplar que corresponde un poco a la contemplación y un poco a la meditación.

Alcanzar: Cuando la gracia que se pide es muy importante, san Ignacio recomienda hacer un coloquio triple: un coloquio a Nuestra Señora, otro al Hijo y un tercero al Padre. “*El primer coloquio a Nuestra Señora, para que me alcance gracia de su Hijo para tres cosas...*”; se requieren todos los intercesores y mucha gracia para alcanzar el amor.

Amor: palabra que san Ignacio utiliza poco en el texto de los EE. Aparece en las Anotaciones, al hablar del abrazo de Dios a la creatura y de la creatura al Creador³. También habla del amor en las reglas del discernimiento, como la característica fundamental de la consolación⁴. En la regla de discernimiento en que identifica las causas de la desolación dice como última explicación que es “*para que verdaderamente sintamos y conozcamos internamente que no depende de nosotros, ni está en nosotros tener crecido amor...*” Todavía en las reglas de discernimiento, para hablar del amor, habla de la moción del alma por Dios, “*trayéndola toda en amor*”⁵.

La importancia del asunto es corroborada por las dos notas de la CAA. Antes de hablar sobre cómo alcanzar el Amor, dice: “*Primero, conviene advertir dos cosas*”⁶. Ponga bien atención a dos cosas:

La *primera* es que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras.

San Ignacio no dice: el amor se debe poner en las obras, y no en las palabras. Dice *el amor se debe poner más en las obras que en las palabras*. Más no significa solo. No significa que no necesitemos de palabras para alimentar nuestro amor a Dios, a los otros, a la creación. Significa que son más importantes nuestras acciones de solidaridad con los pobres, especialmente con los más frágiles, y nuestras acciones de cuidado y restauración de la creación.

² Jn 15, 16.

³ EE 15.

⁴ EE 316.

⁵ EE 330.

⁶ EE 230 y 231.

La segunda nota es: “*El amor consiste en la comunicación de las dos partes*”. No hay amor sin reciprocidad. Ignacio llama a la reciprocidad comunicación. Comunicación en todos los niveles: del amado en relación al amante y del amante en relación al amado.

Para San Ignacio no existe amor donde no hay comunicación. Aún en el caso en el que la desigualdad es evidente, si la persona que tiene menos para comunicar no comunica nada, no habrá amor, habrá asistencia social, o cualquier otra cosa. Este es el sentido profundo de la participación y la democracia, inhibido por el autoritarismo, las democracias restringidas y el asistencialismo. La democracia participativa debe estimular todas las potencialidades del ser humano, de tal manera que pueda expresar plenamente el amor en el cuidado de los otros y de la creación.

Los preámbulos de la CAA

*El primer Preámbulo*⁷ es la *Composición de lugar*. Si la primera composición de lugar de los EE era verme a mí mismo exiliado, lejos del Padre, esta composición me trae al lugar extremo, en la plenitud de los tiempos: “ver cómo me encuentro delante de Dios Nuestro Señor, de los ángeles y de los santos”.

Podemos percibir, a pesar de todos los límites, que en Cristo estamos ya “alcanzados por el amor”, que en Cristo nada nos falta, o que en Cristo la esperanza se realizó. Esto que es sentido en el primer preámbulo, san Ignacio lo transforma en petición en el segundo.

En el segundo Preámbulo, san Ignacio coloca la petición propia de esta CAA: “conocimiento interno de tanto bien recibido para que yo, reconociendo enteramente, pueda en todo amar y servir a su Divina Majestad”⁸. Conocimiento que también es experiencia, que se profundiza al punto de ser un conocimiento del corazón. Para que yo, en la medida en que perciba y experimente cómo he sido amado, también quiera y pueda amar. Para que no exista la posibilidad de interpretar el amor como sólo sentimiento, coloca juntos amar y servir, y en todo, lo que incluye a las víctimas de la injusticia y a la creación herida.

Construir una nueva sociedad debe posibilitar ver el verdadero rostro de Dios. “En todo amar y servir” significa hacer de las mediaciones sociales, políticas, económicas, culturales y ambientales rostros de Dios por Jesús. Rostros de bondad, vida, libertad, justicia, ternura, perdón y reconciliación.

La creación de alternativas de vida que integren en su funcionamiento valores culturales, medioambientales y de justicia social⁹ exige rigor intelectual, más allá de la descripción detallada de los desafíos y las dificultades. Nos pide penetrarlos hasta el fondo para transformarlos y recrearlos pacientemente.

Primer punto

1er Punto: traer a la memoria. Se trata de “traer a la memoria los beneficios recibidos”. San Ignacio propone un orden: “los beneficios recibidos de **creación**, redención y los dones particulares”¹⁰.

⁷ EE 232

⁸ EE 233

⁹ *Vivimos en un Mundo Roto. Reflexiones sobre Ecología*, Promotio Iustitiae 70, 1999, 17.

¹⁰ EE 234.

Los dones particulares, además de las cualidades con las que hemos sido regalados, incluyen la santificación o el don del Espíritu Santo. Los dones recibidos de creación, redención y particulares, por la experiencia del amor recibido, “ponderado con mucho amor”, hacen que mi capacidad de ser movido, me coloquen en la dinámica de la co-creación, la co-redención y la co-santificación.

En la CAA, san Ignacio desea que, reconociéndonos creaturas redimidas y santificadas, podamos reconocer lo que el Padre hizo, lo que el Hijo nos dio y lo que, por medio del Espíritu Santo, Dios quiere hacer, que es “darse a nosotros”.

San Ignacio ve una diferencia, entre ofrecer y dar, donde hay un progreso. Hay diferencia entre dar algo y darse o entregarse. Este es el lugar específico de la oración “*Tomad Señor y recibid...*” Es la respuesta humana a los dones de Dios, al Don que Dios hace de sí mismo. En la lógica de la reciprocidad la respuesta no es sólo ofrecer lo que tengo, sino ofrecerme.

No poder entregar nuestra vida a Dios de la manera como Él se entrega a nosotros, muchas veces tiene su origen en la ignorancia o el no reconocimiento de lo que Dios ha hecho por nosotros, regalándonos la vida, a los otros y a la creación; así no tenemos libertad, coraje para intentar corresponder a esa acción de Dios con la entrega de nuestra vida en la construcción de relaciones armónicas con Él, con los otros y con la creación.

Cada uno de los puntos de la CAA está escrito y estructurado para corresponder al amor como comunicación. Se trata de ver el fundamento de la reciprocidad en la entrega y en el don. No se puede reducir la CAA a una contemplación de la belleza de la naturaleza. Este ejercicio, que puede hacer parte de la experiencia espiritual, debería ayudarnos a agradecer el don de la creación, llevándonos a las tareas de la redención y la de la santificación, las que incluyen la reconciliación con los otros y con la creación.

Segundo punto

Traer a la memoria todos los dones recibidos nos permite “Mirar cómo Dios habita en las creaturas, en los elementos, dando el ser”.

En principio la CAA podría ser hecha en cualquier lugar, en cualquier situación, en los barrios marginales, en las periferias, en las fronteras, porque se trata de ver las cosas desde el punto de vista de la Redención.

Reducir la CAA a ver a Dios presente sólo en las cosas bonitas, o en el sufrimiento de la creación, es privarnos de ver, proponer e implementar la forma como las cosas pueden tornarse bellas, justas. Por eso es también importante hacer la CAA en contextos en los que no hay belleza, en donde hay injusticia, pobreza, deterioro del medio ambiente, para ayudarnos a descubrir belleza, donde creemos que no existe y sobre todo el llamado a contribuir para que se tornen justas y bellas.¹¹

Ahora bien, el que Dios habite en el mundo, que Dios sea el ecólogo, en el sentido más profundo, la razón de la casa, no significa que Dios se confunda con el mundo.

¹¹ *Sanar un Mundo Herido*, Promotio Iustitiae 106, 2011, n. 7.

Tercer punto

El tercer punto es considerado por los estudiosos como uno de los más controversiales. Dice: *“Considerar cómo Dios trabaja y labora”*.

En el lenguaje ignaciano, la palabra *trabajo* está siempre relacionada con cierto sufrimiento. San Ignacio quiere que veamos la acción del propio Dios en todos los quehaceres del mundo, en todo aquello que en el mundo está en trabajo, o incompleto, que se está haciendo. Dios, para san Ignacio, es trabajador. La presencia de Dios en el mundo es laboriosa.

Para que nuestra solidaridad con las víctimas de la injusticia y con la creación deteriorada pueda ser eficaz, se requiere un esfuerzo gigantesco por diseñar e implementar alternativas de sociedad. Y este esfuerzo, más exigente que el del análisis diagnóstico, implica trabajo abnegado, sufrimiento, adicional al sufrimiento que pueda provenir de la incomprensión o persecución por haber tomado esta opción de vida.

Uno de los peligros que tenemos cuando nos enfrentamos a desafíos enormes, como los de la justicia social y los ambientales, o cuando los ignoramos, es convertir la espiritualidad en un refugio. Pero, si Dios trabaja, si Dios sufre, esa fuga no es del mundo, es de Dios. Al querer huir del mundo, en realidad estamos apartándonos de Dios o creando un Dios que es una proyección de nuestra perplejidad, de nuestro escepticismo, y en el fondo de nuestro desamor. Estrechez de un corazón que no logra conectarse a los sufrimientos del mundo, o al que no le importan el dolor de los otros, ni las heridas de nuestro mundo roto.

Cuarto punto

La visión que Teilhard de Chardin tiene del mundo, que sale de Dios y vuelve a Dios, está ciertamente marcada por la CAA. Esta contemplación quiere poner la gracia de Dios, que es como una luz que en todo momento nos ilumina, o la entrega de sí mismo que Dios hace a la humanidad, como una fuente de la cual vienen todas las aguas.

Conclusión: la Contemplación acontece en la acción restauradora

Puede existir contemplación en la acción, en la medida que percibo que quien actúa, quien trabaja en el mundo es el propio Dios, y quiero ser su colaborador.

Ese tipo de acción, sólo es posible viviendo en contemplación. Y la contemplación, para ser verdadera, acontece en la acción. En primer lugar en la acción de Dios en el mundo. Colaborar con Dios es encontrarlo donde Él quiere ser encontrado.

“Amar a Dios en todas las cosas y todas las cosas en Dios”. Para san Ignacio, no hay amor de Dios que no sea también amor a todas las cosas, no hay un absoluto sin mundo, ni mundo sin Dios. El amor a todas las cosas solamente es real en Dios. Se trata de juntar los dos caminos: *el camino que va de las cosas a Dios, y el camino que desciende de Dios a las cosas*.

La relación directa de Dios con la persona, se manifiesta, en la visión de la CG 35, como moción, como invitación a establecer relaciones armónicas con el Creador, con los otros, especialmente con los más frágiles y con la creación, allí en donde el cuidado de los otros y la conservación son más cruciales.

Original castellano



La interacción de la fe y la justicia en cuestiones medioambientales

Prem Xalxo sj

Universidad Gregoriana, Roma, Italia

“Muy frecuentemente nos encontramos aislados, sin contacto real con la increencia y con las consecuencias concretas y cotidianas de la injusticia y la opresión. Corremos el riesgo de no poder entender la interpelación evangélica, que nos es dirigida por los hombres y las mujeres de nuestro tiempo. Una inserción más resuelta entre ellos será un "test" decisivo de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad apostólica”¹.

La Congregación General 32 de la Compañía de Jesús previó ya la necesidad de fomentar un vínculo mutuamente enriquecedor entre nuestra vida de fe y nuestro compromiso en las obras de caridad y justicia. Sin una genuina vida de fe, nuestro compromiso con otras personas en el mundo será antes para nuestra propia gloria que para mayor gloria de Dios. Esta interacción de la fe y la justicia suscita nueva esperanza para entender los actuales temas medioambientales y ofrece asimismo algunas respuestas verosímiles para proteger, conservar y mantener la belleza, armonía e integridad de toda la creación.

En 2012 el Pontificio Consejo “Justicia y Paz” convocó dos sesiones de lluvia de ideas para explorar las manifiestas cuestiones relacionadas con el medio ambiente y la justicia social y preparar un documento para la Cumbre de la Tierra R+20, que iba a celebrarse posteriormente en Río de Janeiro del 20 al 22 de junio de 2012. El grupo estaba formado por expertos en varios campos: profesores, ingenieros, biólogos e investigadores. Las dos sesiones fueron presididas por el Cardenal Peter K.A. Turkson, presidente del Pontificio Consejo “Justicia y Paz”. Durante una de mis intervenciones, planteé la cuestión del desarrollo sostenible desde la perspectiva de la fe y la moral cristianas poniendo énfasis en la necesidad de un cambio en la actitud humana hacia los recursos naturales, que deben ser entendidos como bendiciones de Dios para todos. Ello podría mejorar el espíritu de compartir y la justicia universal en lo que concierne a las necesidades humanas básicas, tanto para la generación presente como para las futuras. Un ingeniero de la OTAN pareció impresionado por mis observaciones, porque en sus discursos y reuniones rara vez analizan los temas medioambientales desde el ángulo de la fe y la moral. Lo que más les interesa es la indagación científica en las causas primordiales de toda cuestión medioambiental y su impacto en la situación vital humana *hic et nunc*.

¹ Congregación General 32, d. 4, n. 35 [84]; cf. John W. Padberg, ed., *Jesuit Life & Mission Today: The Decrees & Accompanying Documents of the 31st – 35th General Congregations of the Society of Jesus*, The Institute of Jesuit Sources, Saint Louis 2009, 306.

Pero ¿es posible hablar de los problemas medioambientales de hoy desde la perspectiva de la fe? La respuesta inmediata puede encontrarse en unas palabras de Juan Pablo II, quien en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 1990, *Paz con Dios Creador, paz con toda la creación*, subraya lo siguiente: “Los cristianos, en particular, descubren que su cometido dentro de la creación, así como sus deberes con la naturaleza y el Creador, forman parte de su fe” (n. 15). La fe sirve como una lente a través de la cual visualizamos la totalidad del universo como obra o creación de Dios. Fue Juan Pablo II quien, en ese mismo mensaje, calificó la crisis ecológica de cuestión moral. Por consiguiente, visualizar los asuntos medioambientales desde la perspectiva de la fe puede arrojar luz sobre nuestra relación con Dios, con nuestros semejantes y con la entera creación; y así, orientar nuestro camino hacia una sociedad más humana, justa y equitativa.

La situación actual

El escenario mundial está experimentando una rápida transformación sociocultural, religiosa y política. El materialismo, el consumismo, el individualismo y el secularismo radical parecen haber cobrado protagonismo en la vida diaria de una buena parte de la población mundial, desplazando a segundo plano el sentido de religiosidad, fe y moral. La actitud consumista predominante, alimentada por una economía basada en el mercado y el beneficio, está causando un enorme daño al medio ambiente. “Lo que es bueno y útil para mí es bueno; en caso contrario, es malo”: este parece ser el axioma moral prevalente. Impulsada por semejante axioma, la explotación desenfrenada de los recursos naturales para satisfacer la sed humana insaciable de más y mejor está teniendo a todas luces un impacto destructor en el medio ambiente en forma de contaminación de la tierra, el agua y el aire, de calentamiento global y de cambio climático. La explotación de los recursos naturales para satisfacer nuestra codicia y nuestras necesidades infladas nos lleva a olvidar que, en vez de desempeñar nuestro papel de colaboradores de Dios en la obra de la creación, estamos actuando al margen de él y terminaremos causando la revuelta de la naturaleza, más dominada que gobernada por nosotros (cf. *Centesimus Annus* 37).

Aunque los medioambientalistas están esforzándose al máximo para incrementar la conciencia de las cuestiones medioambientales, muchos científicos niegan la urgencia o la gravedad del problema. Es interesante señalar que la ciencia clásica moderna veía la creación como “un asunto aburrido, sin sonido, olor ni color, mero apresuramiento de lo material, interminable, desprovisto de sentido”². Por el contrario, la fe cristiana nos enseña que la creación no es un asunto aburrido. La creación, como obra de Dios, tiene un profundo significado y una gran importancia para nuestra vida y dignidad como seres humanos, así como para nuestra vida de cristianos. En y a través de la creación, extendemos las manos hacia Dios y nos damos cuenta de su presencia amorosa, creativa y salvadora en medio de nosotros. En cada celebración eucarística proclamamos con alegría: “Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria”, porque el Creador del cielo y la tierra merece alabanza y gloria de su maravillosa creación.

Lynn White, Jr., quien ya en 1967 afirmó que el cristianismo tiene “una inmensa culpa” en las preocupaciones ecológicas actuales, subrayó también que podemos buscar respuestas

² Alfred N. Whitehead, *Science and the Modern World*, McMillan, New York 1926, 80 [trad. esp.: *La ciencia y el mundo moderno*, Losada, Buenos Aires 1949]; véase también David Toolan, «The Voice of the Hurricane: Cosmology and a Catholic Theology of Nature», en Drew Christiansen – Walter Grazer, eds., «*And God Saw That It Was Good*»: *Catholic Theology and the Environment*, United States Catholic Conference, Washington D.C. 1996, 77.

posibles y apropiadas a tales preocupaciones retornando a nuestra fe: “Tanto la ciencia como la tecnología actuales están tan impregnadas de la ortodoxa arrogancia cristiana hacia la naturaleza que de ellas solas no cabe esperar solución alguna a la crisis ecológica que vivimos. Puesto que las raíces de nuestros problemas son en gran medida religiosas, también el remedio debe ser esencialmente religioso, lo llamemos así o no”³. Y por consiguiente, todos los asuntos medioambientales pueden ser considerados y abordados desde la perspectiva de la fe en busca de respuestas apropiadas para tales cuestiones⁴. Nuestra vida de fe, que debe inspirarnos para trabajar en pro de la justicia humana y medioambiental, nos invita a asumir la responsabilidad de ser administradores o custodios de la creación encargados de cultivarla y cuidarla (cf. Gn 2, 15).

Una fe que obra la justicia

“El empeño por la promoción de la justicia y por la solidaridad con los sin voz y los sin poder, exigido por nuestra fe en Jesucristo y por nuestra misión de anunciar el Evangelio, nos llevará a informarnos cuidadosamente de los difíciles problemas de su vida, y después a reconocer y asumir las responsabilidades específicamente nuestras en el orden social”⁵.

Es evidente que uno de los complejos problemas que la humanidad afronta hoy tiene su origen en la continua agresión al medio ambiente. En nombre del desarrollo, los pobres son desplazados; sus tierras, expropiadas –legal o ilegalmente– y vendidas luego a multinacionales; los bosques, esquilados; los recursos naturales, explotados sin el adecuado cuidado por el medio ambiente; y el agua, el aire y la tierra, que constituyen el sustento de toda forma de vida, contaminados e impurificados. Y todo ello, como decimos, en nombre del desarrollo. Por desgracia, el actual concepto de desarrollo se define y está impulsado por los mercados y por la economía orientada al beneficio, que considera la creación entera y sus recursos meramente como mercancías. Es un sistema económico que se afana por explotar todo en aras de la mejora de la vida sin la más mínima preocupación por las generaciones futuras. Las palabras del profeta Jeremías parecen explicar esta dramática situación: “Yo os conduje a un país de huertos, para que comieseis sus frutos sabrosos; pero entrasteis y contaminasteis mi tierra, hicisteis abominable mi heredad” (Jr 2,7).

Por desgracia, la actual forma de desarrollo no se filtra hacia la mayoría de la población mundial: el abismo entre ricos y pobres se ensancha de continuo, ininterrumpidamente; los ricos se hacen más ricos y la vida de los pobres se torna cada vez más desdichada y angustiada. Los ricos parecen acumular todo lo posible, privando así a otras personas de las necesidades vitales básicas. Ya Jesús nos advirtió contra tales actitudes: “No acumuléis tesoros en la tierra, donde roen la polilla y la carcoma, donde los ladrones perforan paredes y roban. Acumulad tesoros en el cielo, donde no roen polilla ni carcoma, donde los ladrones no abren brechas ni roban. Pues donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mt 6, 19-21). Diríase que quienes están ocupados acumulando riquezas hacen oídos sordos a esta advertencia y esta condena.

En la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro, no parece que Jesús condene al rico por lo que posee; antes bien, lo condena por su pasividad e indiferencia frente al pobre Lázaro. ¡Un

³ Lynn White, Jr., “The Historical Roots of our Ecological Crisis”, en Mary H. MacKinnon – Moni McIntyre, ed., *Readings in Ecology and Feminist Theology*, Sheed and Ward, Kansas City 1995, 34. El artículo fue publicado originariamente en *Science* 155, 1967, 1203-1207.

⁴ Cf. Prem Xalxo, “God-Centered Approach to Creation: A Need of the Hour”, en *Jeevadhara* XLII (2012) 252, 464.

⁵ CG 32, d. 4, n. 42 [91]; cf. John W. Padberg, ed., *op.cit.*, 308.

perfecto ejemplo de una situación injusta en modo alguno extraña a lo que actualmente vivimos! Los ricos parecen cerrar los ojos y negarse a ver a la gran mayoría de personas que no tienen cubiertas las necesidades humanas básicas: alimentos, agua potable, medios adecuados para la educación, la higiene y la atención médica, otros servicios esenciales. Estas personas son objeto de explotación y víctimas de injusticia y discriminación. Irónicamente, con frecuencia se les culpa por el actual deterioro medioambiental. En semejante escenario, la fe en Jesucristo debe impulsarnos a la acción: a trabajar por la justicia humana y ecológica. En su carta, Santiago escribe: "Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno alegar que tiene fe si no tiene obras? ¿Podrá salvarlo la fe? Suponed que un hermano o hermana andan medio desnudos, faltos del sustento cotidiano, y uno de vosotros le dice: "Id en paz, calientes y saciados"; pero no le da para las necesidades corporales, ¿de qué sirve? Lo mismo la fe que no va acompañada de obras, está muerta del todo» (Sant 2, 14-17). Por consiguiente, "como un "test" decisivo de nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad apostólica"⁶, debemos vivir la fe con autenticidad, de suerte que produzca deseables frutos de caridad y justicia.

Nuestra adhesión a la fe en Jesucristo solo dará fruto en las obras concretas de caridad y en una esmeradamente deletreada actitud de justicia hacia nuestros semejantes, sobre todo los pobres, los necesitados y los marginados por la sociedad. La constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno del concilio Vaticano II invita a todos los creyentes a hacer suyo el dolor de los pobres y de cuantos sufren, porque esa es la misión confiada por Jesucristo a sus discípulos: "Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo" (*Gaudium et spes* 1). El principal mandamiento de Jesús es el mandamiento del amor: "'Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente". Éste es el precepto más importante; pero el segundo es equivalente: "Amarás al prójimo como a ti mismo"'. Estos dos preceptos sustentan la ley entera y los profetas» (Mt 22, 36-40). El amor al prójimo no excluye nuestra responsabilidad para con el medio ambiente, que es indispensable para el bienestar, la supervivencia y la continuidad del ser humano. Además de impulsar nuestro compromiso a favor de la justicia para las personas más desfavorecidas de la sociedad, la fe debe guiarnos a cuidar, preservar y mantener el orden armonioso y la integridad de la creación. No podemos menos de situar la creación en el contexto del misterio de la encarnación, porque la salvación ofrecida por Jesús es la salvación cósmica, que incluye la restauración de las relaciones rotas: con Dios, con otros seres humanos y con la creación entera.

Dirigiéndose al público reunido con motivo de la inauguración del *Arrupe College* en Harare el 22 de agosto de 1998, Peter-Hans Kolvenbach resumió bellamente la interacción de la fe y la justicia en las cuestiones medioambientales: "[...] Debemos defender los derechos de los pobres porque ellos son quienes más sufren a consecuencia de la crisis ecológica; debemos sacar a la luz los valores éticos de la comunión entre los seres humanos y su medio ambiente y educar a los jóvenes en estos valores; debemos contribuir a que se descubran los valores estéticos del medio ambiente, de suerte que seamos capaces de cantar con Francisco la gloria de Dios y de discernir en oración con Ignacio el amor de Dios que resplandece a través del medio ambiente". Al presentar sus pensamientos bajo el título *Nuestra responsabilidad sobre la creación de Dios*, Kolvenbach mostró el camino hacia una doble justicia: justicia para con nuestros semejantes y justicia para con el medio ambiente. La antigua e inequívoca definición de justicia es dar a cada cual lo que le corresponde. ¿Resulta viable en el contexto

⁶ CG32, d. 4, n. 35 [84]; cf. John W. Padberg, ed., *op.cit.*, 306.

actual? Sí, porque el trabajo en favor de la justicia inspirado por la fe inevitablemente incluye el compromiso de proponer y promover un verdadero desarrollo que garantice la dignidad, el bienestar y la prosperidad de todo ser humano, en cuanto hijo de Dios, creado a su imagen y semejanza (cf. Gn 1, 27), así como de la entera creación.

La fe que propicia múltiples reconciliaciones

El papa Juan Pablo II, en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2002, llamó a la paz y la justicia a través de la reconciliación diciendo: “No hay paz sin justicia, como tampoco hay justicia sin perdón”. Lo que se necesita hoy es perdón por todas las maldades que la humanidad ha perpetrado contra la creación esquilmando sus recursos y dañando las expectativas futuras de supervivencia y continuidad humana. La reconciliación con la creación, con uno mismo y con los demás está en el centro de la fe cristiana. En el contexto actual, la creciente conciencia de las nefastas consecuencias que para el medio ambiente se derivan de la locura humana nos ha obligado a reflexionar sobre la necesidad de reconciliación con la creación. La desenfrenada explotación de los recursos tanto humanos como naturales manifiesta con frecuencia el egoísmo, la arrogancia, la violencia y la codicia de más y mejor de los seres humanos, todo lo cual conduce a la destrucción de la belleza, integridad y armonía de la creación. Estas acciones “degradan la tierra, amenazando las vidas e intereses tanto humanos como no humanos”⁷. Según la *Gaudium et spes*, “al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación” (*Gaudium et spes* 13). La reconciliación guía nuestros pasos hacia delante para enmendar nuestros caminos y sellar la paz entre nosotros y con la creación. San Pablo señala con énfasis que todo ha sido reconciliado con Dios en Jesucristo: “Si uno es cristiano, es criatura nueva. Lo antiguo pasó, ha llegado lo nuevo. Y todo es obra de Dios, que nos reconcilió consigo por medio del Mesías y nos encomendó el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios estaba, por medio del Mesías, reconciliando el mundo consigo, no apuntándole los delitos, y nos confió el mensaje de la reconciliación” (2 Cor 5, 17-19).

La reconciliación implica la restauración de una relación quebrada. La reconciliación con la creación implicaría restaurar la interdependiente relación humana con la creación, reafirmando la voluntad de usar todo lo que existe sobre la superficie de la tierra para el bienestar humano integral y el de la entera creación, dejando a un lado las actitudes y acciones hostiles y agresivas hacia el orden creado. La reconciliación es tanto un don como una tarea, y sus signos primordiales son el amor, el respeto y el compromiso con la justicia. El Dios de las Sagradas Escrituras es el Dios del amor, la misericordia, la compasión y la justicia. Él es la fuente y la medida de la misericordia, el amor y la justicia. Signada por la misericordia y el amor, la justicia divina prevalece y reconcilia todo consigo en Jesucristo, quien es “imagen del Dios invisible, primogénito de toda la creación [...] En él decidió Dios que residiera la plenitud; que por medio de él todo fuera reconciliado consigo, haciendo las paces por la sangre de la cruz entre las criaturas de la tierra y las del cielo” (Col 1, 15-16.19-20). En otras palabras, nuestra fe en Jesucristo, si es vivida con fidelidad y autenticidad, tiene el potencial de propiciar múltiples reconciliaciones para restablecer la paz y la armonía entre los seres humanos y de los seres humanos con toda la creación.

⁷ William C. French, «Ecological Security and Policies of Restraint», en D.T. Hessel – R.R. Ruether, eds., *Christianity and Ecology: Seeking the Wellbeing of Earth and Humans*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2000, 476-477.

Esperanza para el futuro

Además de los incesantes esfuerzos de algunos científicos y medioambientalistas por incrementar la conciencia ecológica entre la gente, el papa Francisco está ofreciendo un gran signo de esperanza para la protección y conservación del medio ambiente. Desde el momento de su elección como sucesor de san Pedro, reiteradamente ha exhortado a todos a cuidar la creación. Eligió llamarse Francisco para renovar el espíritu de san Francisco de Asís, quien amó y protegió la creación. Durante la misa inaugural de su pontificado, el papa Francisco invitó a las personas de todos los credos a convertirse en custodios de los dones de Dios y reiteró que la vocación de custodio implica “proteger, custodiar la creación entera, la belleza del mundo creado”. Casi indicó un punto de convergencia entre el bienestar humano y el del medio ambiente y subrayó la responsabilidad de “proteger a la gente, mostrar amorosa preocupación por todas las personas, especialmente por los niños, los ancianos y los necesitados, quienes con frecuencia son los últimos en quienes pensamos”. De hecho, es responsabilidad colectiva de todos construir “amistades en las que nos protegemos unos a otros en confianza, respeto y bondad”.

Las realidades y necesidades contemporáneas indican la conveniencia de abordar las cuestiones medioambientales con un enfoque holístico, a través del cual la fe suscita la esperanza de restaurar las relaciones interdependientes con nuestros semejantes y con la creación entera. Estas realidades y necesidades demuestran también que las actuales cuestiones medioambientales no pueden ser acometidas como asuntos aislados de las esperanzas y aspiraciones de la vida humana diaria. Lo que hace falta es reevaluar y reexaminar las elecciones y el patrón de conducta de los seres humanos. La Congregación General 32 señaló acertadamente que “el hombre puede hoy día hacer el mundo más justo... Su nuevo señorío sobre el mundo y sobre él mismo sirve frecuentemente más, de hecho, para la explotación de los individuos y las colectividades y los pueblos que para un reparto equitativo de los recursos del planeta”⁸. Surge la pregunta: “¿Qué podemos hacer o aportar para mantener viva y activa nuestra esperanza para el futuro?”. La respuesta es tan sencilla como cortante: “Todos y cada uno de nosotros podemos esforzarnos por ordenar nuestra casa interior. La orientación que necesitamos para este trabajo no puede encontrarse en la ciencia o en la tecnología [...] Puede encontrarse todavía en la sabiduría tradicional de la humanidad”⁹. Por consiguiente, la esperanza para el futuro se descubrirá retornando a las raíces: raíces socioculturales y religiosas, que podrían explicar la interconexión de los seres humanos entre sí y de todos con la creación entera. Se ha observado con razón que las “preocupaciones medioambientales solo serán tomadas en serio como materia de fe si los católicos y otras comunidades de fe ven esta preocupación como profundamente arraigada en la Escritura, así como en la teología, la espiritualidad, el culto y las normas éticas y morales”¹⁰.

Hoy no es suficiente con repetir el axioma moral: “Todo el mundo tiene derecho a vivir y a disponer de recursos naturales”. La fe debe animar a los creyentes a luchar contra la injusticia, la corrupción, los actos ilícitos y la codicia de más y mejor para posibilitar la igualdad y la justicia social y preservar la integridad de la creación. “El cuidado del medioambiente afecta a la calidad de nuestra relación con Dios, con los otros seres humanos y con la creación misma. Afecta al centro de nuestra fe en Dios y de nuestro amor a Dios, "de

⁸ CG 32, d. 4, n. 27 [76]; cf. John W. Padberg, ed., *op.cit.*, 304.

⁹ E.F. Schumacher, *Small is beautiful: Economics as if People Mattered*, Abacus, London 1976, 250 [trad. esp.: *Lo pequeño es hermoso*, Akal, Tres Cantos (Madrid) 2011].

¹⁰ D. Christiansen – W. Grazer, eds., «*And God Saw That it Was Good*»: *Catholic Theology and the Environment*, United States Catholic Conference, Washington D.C. 1996, 6.

quien procedemos y hacia el que caminamos" (Benedicto XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz* [1 de enero de 2008], n° 7)¹¹. Tenemos que cuidar, respetar, proteger y conservar los recursos tanto humanos como naturales, pero también hacer un uso más equitativo de ellos. Tenemos una responsabilidad colectiva unos sobre otros, así como sobre la creación entera. Sin embargo, demasiado énfasis en la conservación del medio ambiente tiende a ignorar el sufrimiento real de las personas necesitadas. Sin un cambio radical en nuestra conciencia y en nuestra disponibilidad para ponernos al servicio de quienes son víctimas de la injusticia, la explotación y la discriminación, junto con el plan de salvaguardar la armonía y la belleza de la creación, nuestros esfuerzos no pasarán de ser como las interminables listas de recordatorios de lo que hay que hacer y de lo que no. Así y todo, si "limpiamos un poco tanto interior como exteriormente", podemos esperar que nuestros esfuerzos tengan "más de movimiento renovador y regocijante"¹². Al fin y al cabo, como dice el salmista, "del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe con sus habitantes" (Sal 24,1). No debemos olvidar que necesitamos preservar la integridad, la belleza, el orden y la armonía de la creación para nuestro propio bienestar y supervivencia; la tierra continuará viviendo y evolucionando incluso sin nosotros. Por consiguiente, recurriendo a la fe, podemos estudiar, investigar, reflexionar e implementar maneras y medios de vivir en armonía entre nosotros y con la creación entera. En palabras de San Ireneo de Lyon, "la gloria de Dios es que el ser humano viva en plenitud". Podemos vivir en plenitud y ser gloria de Dios cultivando armonía entre nosotros los hombres y de la especie humana con la creación entera, motivados e inspirados por la fe y por el espíritu de justicia.

Parece pertinente concluir estas reflexiones sobre la interacción de la fe y la justicia en las cuestiones medioambientales con las palabras del papa Francisco, quien el pasado Jueves Santo (28 de marzo de 2013) lavó los pies a doce reclusos del reformatorio romano de Casal Del Marmo y les dio ánimos diciendo: "No perdáis la esperanza, con esperanza siempre se puede salir adelante". ¡Y esa es nuestra esperanza para el futuro!

Original inglés
Traducción de José Lozano-Gotor

¹¹ CG 35, d. 3, n. 32 [76]; cf. John W. Padberg, ed., *op.cit.*, 751.

¹² Arne Naess, *Ecology, Community and Lifestyle*, Cambridge University Press, Cambridge 1989, 91.



Ecología y consolación

Fundamento místico ignaciano de la opción por la ecología

José García de Castro sj

Universidad Comillas, Madrid, España

La experiencia de Ignacio de Loyola y la espiritualidad que de ella mana ofrecen una posible interpretación del mundo y de la historia como lugares de revelación de Dios. Lo acontecido en la orilla del río Cardoner, la formulación de la Consolación o la propuesta de la "Contemplación para alcanzar amor" nos ayudan a comprender la santidad de las cosas.

Consolación, el *sentir mundano* del don de Dios

Creo que la clave de entrada más importante para comprender y justificar una opción por el cuidado del mundo, está en lo que constituye el centro hermenéutico del sistema de discernimiento de espíritus de Ignacio de Loyola y la clave de bóveda de su antropología: la CONSOLACIÓN.

Ignacio, como es sabido, define la consolación en el nº 316 de los *Ejercicios*, la tercera de las reglas de discernimiento, aunque nos consta que fue la primera que redactó.

La primera parte de la definición de consolación recoge lo que, a mi modo de ver, es la definición de la Consolación sin Causa precedente, esto es, la manera más diáfana, natural y esperable que tiene Dios de comunicarse con sus criaturas, dándose a sí mismo, esencialmente, en el Amor que "es", no tanto que "da": "inflamarse en amor de su Criador y Señor".

Pues bien, en el 316₁, Ignacio vincula de manera muy estrecha lo que es la experiencia diáfana de Dios (moción interior que inflama la ánima en *amor* de su Criador y Señor) con lo que es la vinculación hacia las *criaturas* por el amor recibido, que "desciende de arriba", pues afirma: [en la experiencia de consolación] "ninguna *cosa criada* sobre la haz de la tierra puede *amar* en sí sino en el Criador de todas ellas".

Para Ignacio, experiencia diáfana *de* Dios (esto es, *de* Dios en nosotros) al tiempo que una experiencia de construcción de un sujeto religioso, es una experiencia del mundo, un modo de *sentir* el mundo en tanto que criatura como yo. Ignacio no quita importancia ni densidad a la experiencia íntima del hombre con su Criador, ni de su Criador con su criatura, pues de quitarlo estaríamos destruyendo lo nuclear de la propuesta ignaciana y su original aportación a la tradición espiritual de Occidente. Lo grande de esta experiencia es que

adquiere su elemento verificador, su test de autenticidad, en la transformación que acontece en el sujeto “espiritual” [Ej 336] en su manera de mirar al mundo y al mirarlo, *sentirlo*; tal sentir, o tal “percepción sentiente” del mundo no puede entenderse de otra manera que en clave de *creaturidad* a la que accedo por el amor que se me concede.

La consolación es, por tanto, (*consequenter*, [Ej 316]) la experiencia *de* Dios (genitivo posesivo) que pasa por mí y discurre hacia el mundo sintiéndolo como Criatura, esto es, como en absoluta religación hacia su Criador. Por la consolación se nos des-vela la identidad más honda de lo que es el mundo, su revelación como criatura, en su definición siempre relativa, en referencia inevitable a su Criador. En cierta manera, estirando legítimamente la parquedad expresiva propia de Ignacio, por la experiencia mística de ser habitados por Dios (Contemplación para Alcanzar Amor [CAA]) y sentirnos así, se nos da el mundo también como “inflamado en amor de su Criador y Señor”, de la misma manera que se nos da en lo profundo e irrenunciable de nuestra experiencia religiosa.

La consolación *así* experimentada (pues también puede experimentarse de otras formas como expresa el [316-2] y el [316 -3]) es, por tanto, una experiencia de fraternidad universal, de religación con toda la naturaleza a la que siento y reconozco en un mismo status ontológico que yo mismo, como *criatura* y por tanto receptáculo amable de la presencia Divina. Así, el Espíritu Santo, a través de la consolación, “tira de mí” hacia el mundo al que me siento vinculado irremediamente por el mismo amor que nos fundamenta. La creación y yo... somos mucho más parecidos de lo que podría sospechar.

Merece la pena detenerse en dos matices de especial importancia para nosotros.

- a. Uno es el ya aludido *consequenter* (en consecuencia): “... y *consequenter* cuando ninguna cosa criada...”. No se trata de una consecuencia temporal (primero una cosa, luego otra) sino una consecuencia de sentido, semántica, propia de la dinámica de la experiencia de consolación que implica necesariamente este ser atraído por el amor en las criaturas. Pero creo que Ignacio quiere referirse a un solo instante místico. Sentir a Dios es, irremediamente, sentir la condición amable de todo lo real sobre la faz de la tierra que vive conmigo.
- b. En segundo lugar, el *en sí*: “cuando ninguna cosa criada sobre la faz de la tierra puede amar *en sí*”. Si leemos con cuidado, veremos que éste puede ser interpretado de una doble manera. Puede referirse al *sujeto* y entonces significaría algo así: “Cuando la persona que experimenta la consolación no puede amar *en sí* [en sí mismo o por sí mismo] a las criaturas, si no en el Criador de todas ellas”. Pero puede referirse también a las *criaturas* y entonces la frase se interpretaría así: “cuando ninguna cosa criada sobre la faz de la tierra puede amar *en sí* [mismas o por sí mismas], sino en el Criador de todas ellas”.

Nunca sabremos en dónde pretendió Ignacio colocar el acento (si en el sujeto o si en las criaturas), pero lo que es importante es que en ambos casos *la fuente* del amor no está ni en el sujeto ni en las criaturas. Ni el sujeto es capaz de amar de esta forma al mundo desde sus propias fuerzas, ni las cosas son por sí mismas o en sí mismas amables de tal modo, sino sólo porque están referidas al Criador y habitadas por su bondad.

Las criaturas “para mí”, realidad viva de Dios

En la Primera Semana de los *Ejercicios* encontramos una imagen que por no haber sabido interpretarse y traducirse teológicamente para nuestros días, ha pasado con frecuencia muy desapercibida en los comentarios tanto teológicos como pastorales del manual ignaciano. Me refiero al párrafo número [60] que es el quinto punto del segundo ejercicio de primera semana.

Dada su semejanza con la condición humana, podemos entender más fácilmente que tanto los ángeles como los santos reaccionen ante mi pecado “intercediendo y rogando por mí”. Pero lo que nos resulta más difícil tal vez incluso de orar, es atribuir estas funciones de ruego e intercesión a las criaturas como “los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, frutos, aves, peces y animales y la tierra cómo no se ha abierto para sorberme” [60]. ¿En qué pensaba Ignacio al escribir esto? ¿Cómo contemplaba la naturaleza y su relación con el hombre? ¿Qué tipo de vida le atribuía y, sobre todo, qué tipo de función en la experiencia religiosa del ejercitante?

En este punto, Ignacio anticipa calladamente la Contemplación para Alcanzar Amor del final de los ejercicios, integrando en el proceso espiritual del ejercitante a las criaturas aparentemente vacías de espíritu. Pero no, ellas se hacen presentes al proceso de conversión, y adquieren una función activa, haciéndose solidarias con la malicia y gravedad de “mi pecado”, soportándolo, sufriendo y reaccionando desde la única manera posible para ellas: el mundo por sí mismo es bueno, es criatura y toda criatura despliega espontánea y acriticamente su fraternidad solidaria.

Como al Creador, también a las criaturas les duele mi situación de pecado y se unen a la oración de los santos y de los ángeles. Así, el mundo es sentido como organismo vivo, animado por el amor de Dios que todo lo habita, dotado de *pneuma*, según su propio y particular modo de existencia. Su libertad consiste en desplegar su amor de unas por otras criaturas y obrando por mí; es decir, la manera que tienen las criaturas de vivir su alabanza y reverencia al Criador, de poner “el amor más en las obras que en las palabras” pasa por interceder incesantemente los pecadores, por mí, ante el Criador.

Entonces, ¿Cómo no voy a querer al mundo que tanto ha soportado mi maldad e irresponsabilidad y que frente a la posibilidad de condenarme con justicia soporta en paciencia asombrosa mi negligencia ante el mundo?

Profundizar en esta visión del mundo puede ayudarnos a reconvertir nuestra visión de la naturaleza y de todo entorno que nos posibilita la vida. Para Ignacio las *cosas* son realidad animada, realidad habitada, realidad espiritual y realidad hermana que con-vive y consciente conmigo y que por tanto incide en mi historia, la construye silenciosa y pacientemente. Las cosas también “trabajan y laboran por mí”, en la medida de sus posibilidades, como hace Dios en la CAA [Ej 236]. La Naturaleza es una madre, una matriz de energía religiosa que no permanece indiferente ante mis devaneos pecaminosos, sino que por sentirse hermana, religada a mí por el mismo amor que nos habita, no puede menos que “ofrecerse y ponerse al trabajo” (como en la meditación del Rey temporal [Ej 96-97]) y obrar en mi favor. ¿No cambia esta intuición ignaciana nuestra manera de “sentir y conocer” la cosas?

Lo que viene a complicar las cosas, como con frecuencia pasa en teología, es el tipo de libertad de que el hombre dispone, diferente a la que experimentan las plantas y los animales. Ignacio sale al paso de esta complejidad de lo humano en la primera nota de la CAA, cuando nos dice que “el amor ha de ponerse más en las *obras* que en las *palabras*” [Ej

230]. Ir en misión hacia el mundo y hacia la historia desvinculados de esta experiencia referencial de *consolación* se convierte con frecuencia en un árido y agotador esfuerzo, más propio de proyectos egocéntricos y prometeicos, que de sujetos religiosos llevados suavemente por el Espíritu. Esta clave de entrada e incidencia en el mundo tiene que ver con la ecología del sujeto ignaciano, que *primero* ha experimentado el “oficio de consolar” [Ej 224] del Resucitado (pasividad primera) y sólo desde ahí produce las *obras* propias del amor hacia el mundo (actividad refleja).

Nuestras obras y ministerios, la construcción de una ecología pneumatológica

El obrar propio de la consolación es un obrar en el amor a favor de la historia. Digamos que “ignacianamente entendido” El trabajo en el Espíritu del hombre no es llevar al mundo la experiencia de Dios acontecida en mí en algún lugar de mi intimidad con Él; No consiste en dar al mundo lo que de Dios hemos recibido (no es el esquema dominico “contemplata aliis tradhere”) sino un ir amorosamente hacia el mundo que nos llama desde el amor que ya ha recibido y que lo mantiene. Lo que hacemos (obras / ministerios) es el diálogo amoroso para la construcción de un ecosistema pneumatológico que vaya empujando la Creación, en medio de sus gemidos (Rm 8, 22), hacia su destino final, su Cristo Omega. Creo que en medio de tanta urgencia por “sanar” tantas parcelas heridas del mundo, aquí podemos encontrar un sólido apoyo místico a nuestro hacer y a su vinculación con una opción religiosa por la ecología; el mundo es Su Mundo.

Espíritu – consolación – ministerios – mundo – Espíritu. Éste es el ciclo. No es que hagamos cosas buenas *después* de haber sentido la bondad de Dios en nosotros, no; no está ahí la justificación de nuestra experiencia de Dios, sino en la experiencia *de* Dios en el obrar, o la experiencia del obrar *de* Dios a través de nuestras manos. Así, también en la regla 2 de primera semana [Ej 315] dice Ignacio que a las personas que van intensamente purgando sus pecados y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo, el buen espíritu les da ánimo y fuerzas y les facilita el camino “para que en el *buen obrar* procedan adelante”. Es el Espíritu quien “tira de mí” hacia el mismo Espíritu que lo habita todo, que es todo en todos. “Sanar el mundo” es sanar al mismo Dios que lo habita, cerrar así un proceso de bondad donde el “principio, el medio y el fin” son todos buenos, inclinados a todo bien [Ej 333].

¿Pero cómo inhabita Dios el mundo y qué manera de relacionarnos con él nos propone? Según comenta tan brevemente Ignacio en el [236]: Dios habita *trabajando* y *laborando*. El primero de los verbos, *trabajar*¹, alude al elemento, digamos, esforzado de la actividad de Dios. Su presencia es actividad fatigosa, constante, perseverante. Así entró Dios en Jesús en la historia “a cabo de tantos *trabajos*” [116] y así llama a quien quiera ser su discípulo: “ha de *trabajar* conmigo” [95] y, por consiguiente “ofrecer todas las personas al *trabajo*” [96]. El segundo de los verbos, *laborar*, añade el carácter cualitativo de la acción de Dios, es lo que hacen cuidadosamente las manos de la mujer en el telar, las del alfarero en el torno o las del ebanista con la madera. Dios trabaja mucho pero trabaja cuidadosa, amorosa, artesanalmente... ésa es su presencia en la Creación y esa es la presencia que tira de nosotros hacia el mundo para “ir y hacer lo mismo”, como el samaritano.

¹ La nota etimológica es interesante: *trabajo* viene de *tripalium*, instrumento de tortura de tres palos donde se colocaba al condenado. La etimología evoca en nuestro tiempo las connotaciones de sufrimiento, dolor, empeño, muy presentes en el siglo XVI.

El *cuidado del mundo* es un hábito místico, un modo de respirar el Espíritu que recibimos, que ya nos ha hecho criaturas pero que pone en nuestras manos la libre responsabilidad de continuar un *proceso* de creaturización. Él nos garantiza su presencia en nosotros *realizando* (el gerundio es importante) en nosotros todos los procesos animadores y constructores de vida que desarrolla en toda la creación (vegetando, sintiendo, entendiendo) y esperándonos paciente pero dinámicamente en toda la creación.

“Mil gracias derramando...”

¿Hacia dónde va todo esto? Ignacio en su original concepción de la experiencia mística no saca de la historia o del mundo al sujeto religioso, evocando tal vez, aquello de Jesús y sus discípulos en la Noche Santa: “no los saques del mundo” (Jn 17, 15). Al contrario, lo pone en el corazón de la Creación, somos Creación, soy Creación. No soy un “ser-frente” al mundo, eficaz y competente en mis obras por él y a su favor; si sólo fuera así me estaría auto-situando en un estado ontológico superior al resto de la Creación, con el peligro de entenderme incluso por encima de otros seres, también los humanos, te criaturas menos perfectas que yo. La experiencia del amor que *tira de mí*, sacándome de mí mismo como única manera de llevarme a lo más hondo de mí mismo, es experiencia digamos de *mundaneidad* religiosa o religada. Por ella todo se desvela y se revela con ese plus de ser que sólo emerge al permitir entrever su condición sagrada: “que le parecían todas las cosas nuevas” [Au 29-Cardoner].

A mi modo de ver, hablar de ecología desde esta perspectiva, nos plantea la pregunta por la pobreza y humildad del sujeto que habita la faz de esta tierra; una invitación a contemplarse humildemente como medio ambiente. Creo que el Misterio de la Encarnación nos enseña a hacernos mundo, uno de tantos y uno de *tanto*. Sólo alcanzados por la mirada del Creador (consolación) descubrimos las mil gracias ya derramadas en *Su* mundo, que con solo mirarlo, ya lo dejó todo “vestido [y habitado] de hermosura” (San Juan de la Cruz, *Cántico* 5).

Original castellano



La dinámica de las cuatro semanas, base espiritual para la reconciliación con la creación

James Profit sj
Guelph, Canadá

La dinámica de las cuatro semanas de los Ejercicios Espirituales nos permite orar la crisis ecológica, haciendo al mismo tiempo más profunda nuestra relación con el Creador. La experiencia de Dios en medio de la crisis nos capacita para acoger el don vivificador de la resurrección, de la vida que emerge de la muerte. Como resultado, somos empoderados para actuar como un pueblo de esperanza.

“Respira hondo”, me digo a mí mismo mientras escucho la radio. Una vez más, están entrevistando a alguien que niega la realidad del cambio climático. La primavera más temprana de la historia hizo que nuestros manzanos florecieran pronto este año. Las heladas tardías, en cambio, tuvieron lugar en las fechas habituales, acabando con todas las flores de los manzanos. Esta última temporada no hubo cosecha de manzanas, ni en nuestra granja ni en ninguna parte de la región. A la primavera le siguió luego el verano más seco nunca registrado, lo cual dañó nuestras cosechas, en especial la de verduras. Agricultores del mundo entero están padeciendo ya los efectos del cambio climático. Así pues, carezco de paciencia para escuchar otra explicación de por qué no tenemos que preocuparnos ni cambiar de conducta.

La negación de la crisis ecológica adquiere múltiples formas en nuestra sociedad. Puede resultar muy tentador protegernos a nosotros mismos recurriendo a la negación de esta realidad, porque, si interiorizáramos los detalles de la crisis ecológica y sus posibles consecuencias caóticas, podríamos sentirnos agobiados por la culpa, la vergüenza e incluso la desesperanza. La esperanza escasea, lo cual a menudo ocasiona una parálisis en lo relativo a cualquier acción productiva.

Sin embargo, no podemos decidir ser esperanzados a fuerza simplemente de mostrarnos determinados y testarudos, ya que la esperanza nace de los recovecos del Espíritu. Los Ejercicios –un excelente instrumento para abordar la crisis espiritual que subyace a la crisis ecológica de nuestra época– nos ofrece un regalo, sobre todo a través de la dinámica de las cuatro semanas: el don de la esperanza. Con este regalo, somos capaces de superar cualquier parálisis y avanzar hacia una acción constructiva rebotante de esperanza. A través de la esperanza, ese obsequio de los Ejercicios al movimiento medioambientalista, nos sometemos a un proceso; y en el curso de ese proceso, nuestra relación con Dios, con otros seres humanos y con el resto de la creación experimenta sanación.

Hace unos doce años, el *Ignatius Jesuit Centre* de Guelph diseñó retiros de ocho días y de fin de semana, adaptando los Ejercicios con vistas a abordar la situación ecológica en la que nos encontramos. Impartimos estos retiros en nuestra casa de ejercicios, rodeada de doscientos cuarenta hectáreas de cultivos ecológicos, tierras pantanosas y bosque. También he dado estos retiros en diversos lugares de tres continentes distintos. El retiro de ocho días sigue la dinámica de las cuatro semanas; cada una de las jornadas incluye una exposición sobre un tema determinado, oración individual tanto dentro de la casa como al aire libre y una celebración litúrgica. En ocasiones se ofrece dirección espiritual. El mayor don de mi ministerio ha sido quizá el poder ser testigo de la transformación de algunos participantes en los retiros, empoderados por la esperanza y por un intensificado compromiso a actuar sobre la base de esta esperanza.

En la primera semana de los Ejercicios tratamos del alcance de la crisis. No es una semana fácil. Podemos centrarnos en un asunto concreto u ofrecer una visión más generalizada de la crisis. Los participantes en el retiro disponen de tiempo para digerir espiritualmente la crisis y sus respuestas a ella, pero han de aprender que no se trata de un ejercicio de asignación de culpas.

En esta primera parte del retiro también puede aflorar hasta qué punto cada uno de los participantes en el retiro se encuentra alienado de la creación. John O'Donohue afirma: «La razón de que hoy, en este nuestro mundo moderno, estemos tan desquiciados radica en que hemos perdido la conciencia de pertenencia a la tierra»¹. Resulta natural entonces que en esta primera semana nuestra sensación de desarraigo y las conductas disfuncionales que ella ocasiona se conviertan en uno de los focos de la oración. Comienza la reconciliación con la creación.

Con frecuencia asoman la culpa, la negación y la desesperanza, lo cual es bueno, puesto que así pueden ser abordadas. Es importante recordar que la gracia de la primera semana es conocer el amor de Jesús. Somos pecadores amados. En efecto, somos seres limitados. He pecado. Puede parecer que estoy en una situación de impotencia porque vivo dentro de estructuras pecaminosas. Sin embargo, esto no tiene que ver tanto conmigo como con Jesús. Soy amado por Jesús, y la gracia es experimentar este amor. Cuando se recibe la gracia, la culpa focalizada en el yo se transforma y se concentra en una respuesta de amor.

En ocasiones, los participantes en el retiro pueden mostrarse en desacuerdo con un punto concreto de la exposición, solicitando una discusión académica o señalando una inexactitud en los datos objetivos aportados. Si bien es posible que ocasionalmente se ofrezcan datos inexactos, el argumento suele estar enraizado en la negación desde la que discurre quien formula la pregunta. Yo sugiero a la gente que presente sus argumentos a Dios, antes que a mí, y observe qué hace Dios.

Si la respuesta dada a la crisis es la desesperanza, también animo a las personas a centrar la atención en Dios y a ser pacientes, puesto que el retiro no ha concluido. La desesperanza suele curarse a lo largo del retiro.

En la segunda semana alimentamos nuestra relación con Dios y con la creación; o formulado de manera más adecuada, nuestra relación con Dios a través de la naturaleza. Llegamos a conocer a Jesús, al Jesús que siempre mantuvo una relación íntima con la creación. Su ministerio comenzó con cuarenta días en el desierto y terminó en el huerto de Getsemaní. Vivió experiencias místicas en la montaña (la transfiguración) y en el agua (el bautismo). La

¹John O'Donohue, *Eternal Echoes: Exploring our Hunger to Belong*, London, UK, Bantam Press, 1998, 10.

gente a su alrededor cultivaba sus propios alimentos y pescaba. Sus relatos utilizan estas imágenes para explicar el reino de Dios. Este es el Jesús con quien nuestra relación se hace más profunda.

También alimentamos nuestra relación con el Cristo cósmico, el Cristo que estaba allí al principio y se encarnó (cf. Jn 1), el Cristo que es parte de la evolución, el Cristo que atrae la evolución hacia delante, el Cristo de la creación.

Esta es el momento del retiro en el que buscamos ser sanados de cualquier alienación que podamos experimentar respecto de la creación. Perseguimos sentirnos como en casa en la creación; conectamos con la belleza de la creación, que no es sino una expresión de la belleza divina. Contemplamos la belleza de la tierra o de una puesta de sol, cultivando el sentido de reverencia y amor por la Tierra y todas sus criaturas. Tenemos presente que el universo entero nos sostiene. Nos enamoramos del Dios de la creación.

La tercera y la cuarta semana son especialmente importantes para cultivar la experiencia de esperanza.

En la tercera semana volvemos a orar sobre la crisis ecológica. Nuestra sociedad occidental elude la muerte y el sufrimiento; aunque nuestras películas y videojuegos glorifican la muerte, nosotros la evitamos. Nos hemos acostumbrados a ver el sufrimiento como un problema que se soluciona tomando la pastilla adecuada. Tratamos de esquivar la muerte recurriendo a diversas conductas adictivas y maneras de elusión, algo que no deja de guardar similitud con el material de la primera semana. Pero en la tercera semana reflexionamos sobre la muerte y experimentamos a Jesús en ella.

Joanna Macy y Chris Johnstone cuentan que en una ocasión alguien preguntó al monje zen vietnamí Tich Nhat Hanh qué es lo que tenemos que hacer para salvar nuestro mundo. “Lo que necesitamos ante todo –respondió– es escuchar en nuestro interior el grito de la Tierra”².

Como cristianos, este grito lo entendemos como el grito de Jesús en la cruz. Intentamos experimentar con Jesús el sufrimiento de la Tierra. Aquí no se trata de nuestras acciones ni de la ausencia de ellas. Nuestra atención se centra en Jesús crucificado. Experimentamos a Jesús sufriendo en las estaciones crecientemente secas y cálidas que se han convertido en norma. En la tierra llena de cicatrices de las explotaciones de arenas bituminosas de Canadá vemos la coronación de Jesús con espinas. El abandono de Jesús por sus discípulos guarda similitud con el abandono de la Tierra por nuestra parte. Acompañamos a Jesús al huerto de Getsemaní cuando se entrega a su pasión y muerte. ¿Nos entregamos a la muerte que es necesaria o nos dormimos negándola? Entramos en contacto con la desesperanza de los discípulos mientras son testigos de la crucifixión. Experimentamos el vacío y la ausencia de esperanza que caracterizan el Sábado Santo. Lamentamos la pérdida de especies.

Nos percatamos de que la muerte es esencial para la vida. Tal vez queramos orar junto al tronco caído y en descomposición que hay en mitad del bosque. Rememoramos el relato científico de la creación, caemos en la cuenta de que las crisis que implican mucha muerte no son nuevas. Como nos recuerda Teilhard de Chardin, el sufrimiento, el dolor y la muerte forman parte del proceso evolutivo. Experimentamos el sufrimiento de Jesús así en las extinciones del pasado como en las del presente. Tal vez deseemos contemplar un grano de trigo mientras oramos sobre las palabras de Jesús: «Si el grano de trigo caído en tierra no

² Joanna Macy y Chris Johnstone, *Active Hope: How to Face the Mess We're in without Going Crazy*, Novato, California, New World Library, 2012, 75.

muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24). Experimentamos la naturaleza vivificadora de la muerte, la muerte con todo su desorden y dolor: Dios actuando en la creación, Dios sufriendo en la creación.

En la cuarta semana estamos en el huerto junto a María Magdalena: sentimos primero su desesperanza y luego su sorpresa y alegría cuando experimenta a Jesús resucitado. Entramos en contacto con nuestra propia alegría cuando oramos con la vida resucitada de Jesús y con la vida resucitada en la Tierra. Rememoramos el gozo de la primavera después de un invierno privado de vida. Experimentamos la belleza de las flores alimentadas por el tronco en descomposición. Hacemos memoria de toda la vida que nos proporciona nuestro propio sufrimiento. Experimentamos la vida de la Tierra, la vida que brota de la muerte, a medida que nos percatamos de la nueva vida, de las nuevas formas de vida que proceden de las crisis pasadas de la Tierra.

Experimentamos esperanza. Cuando nos sumergimos en la vida que nace de la muerte, cuando experimentamos una y otra vez a Jesús resucitado, alimentamos la esperanza que albergamos en nuestro interior. Esta esperanza nos capacita para confrontar la crisis ecológica de un modo nuevo. Nuestra culpa personal no es lo más importante. Confrontamos las formas de muerte asociadas a la crisis ecológica con nuestra propia vida, sabedores –desde la esperanza y la confianza– de que esta muerte no representa el final de la historia. Nos convertimos en expresión de la resurrección. Nuestra respuesta deviene nuestro gozo. Nuestra desesperación se transforma en esperanza.

Adquirimos confianza y esperanza en la capacidad de la Tierra para ser sinónimo de vida. La Tierra sobrevivirá a esta crisis ecológica. Tal vez sean necesarios mucho caos, mucha muerte, mucho sufrimiento y mucho dolor para que la vida del planeta sobreviva; sin embargo, confiamos en que el resultado será la vida definitiva de la Tierra, la vida que nace de la muerte. El Cristo resucitado continuará siendo expresado; y probablemente, de modos que ni siquiera somos capaces de imaginar. Guardamos la resurrección.

Para que haya una experiencia real de la resurrección, debe darse también la experiencia de la muerte y de todos los sentimientos que semejante muerte evoca. No podemos eludir esta muerte ni esquivarla dando un rodeo, a pesar de que eso es lo que nuestra cultura nos anima a hacer. A fin de experimentar la alegría con María en el huerto en la mañana de Pascua, debemos acompañar también a Jesús en Getsemaní cuando se entrega a la muerte. La cuarta semana no se puede vivir sin pasar antes por la tercera. Como señala Ilia Delio, «la resurrección es la muerte que necesariamente nos aguarda para que en el cosmos puede aparecer nueva vida. Lo viejo es necesario para la nuevo, la muerte es necesaria para la vida»³.

No tenemos más remedio que confrontarnos con la fealdad de la crisis ecológica y con toda la muerte que representa, incluyendo la negación de todo ello por la familia humana. Si la desesperanza es nuestra reacción, entonces experimentamos a Judas en esto y permitimos que nuestra desesperanza sea transformada en esperanza por la experiencia de María Magdalena y los demás discípulos.

Para terminar, el retiro se centra en la acción. En el poema «Manifiesto: The Mad Farmer Liberation Front» [Manifiesto: el Frente de Liberación del Granjero Loco], Wendell Berry nos

³ Ilia Delio, *The Emergent Christ: Exploring the Meaning of Catholic in an Evolutionary Universe*, Maryknoll, New York, Orbis Books, 2011, 90.

anima a «practicar la resurrección»⁴. Me encanta esta fórmula, ya que implica actuar con una esperanza basada en la experiencia que tenemos de la vida, pero también nos recuerda que nuestra propia acción puede ser una expresión de la resurrección. Oramos sobre las formas en que estamos siendo llamados a practicar la resurrección.

La *contemplatio* se utiliza como ayuda en esta oración. Hemos orado sobre –y reconocido– la crisis ecológica, admitiendo nuestra contribución a la crisis. Hemos experimentado a Dios habitando en la creación. Hemos experimentado a Dios actuando para nosotros en la creación. Hemos llorado con Jesús en la cruz. Hemos sido renovados por la vida, la vida resucitada, presente en la Tierra. En todo esto hemos vivido una experiencia de amor, de amor a la creación, de amor a Dios, a Jesús, al Cristo cósmico. Estamos llenos de asombro y gratitud, sentimientos que, como dice Judy Cannato, «nos impulsan a una acción informada por esa gratitud y por la certeza de que el fuego del Espíritu está vivo en nosotras. En una palabra, nos comprometemos en actos de amor...»⁵. Ignacio formula esto de manera más sencilla: el amor se manifiesta en hechos.

Así pues, ¿cuál es nuestra respuesta? ¿Cuáles son nuestros más profundos anhelos para la Tierra? ¿Cómo actuamos? Es posible que no seamos capaces de dar sino un sencillo y pequeño paso adelante. Una de las participantes en los retiros decidió que en lo sucesivo solo usaría una toalla de papel para secarse las manos en vez de las dos o tres que solía usar. Este pequeño paso es importante para la Tierra y también para la persona que decidió darlo, puesto que había sido capaz de hacer algo. La oración puede girar también en torno a cómo dar pasos grandes: cambiar nuestra fuente de ingresos, trabajar para eliminar la pobreza, modificar nuestros hábitos alimenticios o nuestro uso del coche, ponderar cómo nuestra vida consagrada puede contribuir a la práctica de la resurrección.

No hay ninguna manera fácil de ser un pueblo de esperanza. Más bien, la actitud de la esperanza es cultivada por nuestra experiencia de la vida y, específicamente, por la experiencia de la vida que está entreverada con la muerte y nace de la muerte. Dios libera a la vida de la muerte. Esa es la historia de Jesús. Esa es la historia de la creación. La dinámica de las cuatro semanas de los Ejercicios nos capacita para practicar la resurrección como pueblo de esperanza confrontando de cara la muerte presente en la crisis ecológica, experimentando en medio de todo esto el poder, el amor y la belleza de Dios. Experimentamos la redención. Nos convertimos en una presencia vivificadora y sanadora en la Tierra. Practicamos la esperanza. Practicamos la resurrección.

Original inglés
Traducción de José Lozano-Gotor

⁴ Wendell Berry, “Manifiesto: The Mad Farmer Liberation Front”, en *The Country of Marriage*, 1973, <http://www.goodnaturepublishing.com/poem.htm>.

⁵ Judy Cannato, *Radical Amazement: Contemplative Lessons from Black Holes, Supernovas, and Other Wonders of the Universe*, Notre Dame, Indiana, Sorin Books, 2006, 64.



El sueño de un jesuita mayor

John Surette sj

New England, Estados Unidos

*«Vuestros ancianos soñarán sueños,
vuestros jóvenes verán visiones»*

Joel 3,1

Soy miembro de la Compañía de Jesús desde hace cincuenta y cinco años y acabo de cumplir setenta y ocho. Con motivo de mi cumpleaños deseo compartir con vosotros mi sueño para nuestra Compañía en esta primera mitad del siglo XXI.

Mi sueño comienza con un relato originario de la Europa medieval. Es una breve historia sobre tres tipos distintos de persona. Tres hombres acarrear piedras en una obra. Alguien le pregunta al primero qué está haciendo, y él responde que acarreando piedras. El segundo, cuando se le plantea el mismo interrogante, responde que alimentando a su familia. Y el tercero contesta a la pregunta diciendo que está construyendo una catedral.

En mi sueño me formulo la pregunta: ¿cuál es la catedral que los jesuitas estamos construyendo en este siglo? Al igual que el segundo hombre del relato anterior, muchos de nosotros estamos ocupados impartiendo clases, desempeñando la tarea pastoral o el ministerio de acción social que nos han sido encomendados, dando ejercicios y realizando muchas otras buenas obras. Pero ¿cuál es nuestra gran obra como Compañía de Jesús en este siglo? Mi sueño busca una respuesta a esta pregunta.

Veo que nuestra gran obra consiste en discernir el «bien universal» y en concentrarnos en el «bien mayor». También veo que nos impele a desplazarnos hacia las “fronteras... esos lugares geográficos y espirituales donde otros no llegan o encuentran dificultades para llegar” y a los que el padre general Nicolás se refirió en su reciente mensaje sobre el estado de la Compañía.

Mi sueño incluye asimismo una lectura de los signos de los tiempos, esos movimientos profundos que están desarrollándose en el mundo y en las almas de las personas en los albores de este siglo. Entre tales signos sobresale, a mi juicio, la conciencia, paulatinamente creciente, de que la red de la vida se halla sometida a una tensión y un menoscabo cada vez mayores. Se contrae la superficie de los bosques, desciende el nivel de la capa freática, se erosionan los suelos, se colapsan las pesquerías, se secan los ríos, se funden los glaciares y casquetes polares, se blanquean los arrecifes de coral, se acidifican los océanos, se calienta la atmósfera, aumenta la tasa de extinción de las especies vegetales y animales y los cachorros

de todas las especies nacen enfermos más y más a menudo. En todo esto, y en muchos aspectos más, estamos alcanzando los límites de lo que la vida sobre la Tierra puede soportar... Nos encontramos en una situación extrema.

Somos las primeras generaciones humanas conscientes de un riesgo tan extremo. Nadie habría podido imaginar algo así en épocas anteriores. Los grandes maestros del pasado no dijeron nada al respecto. En nuestros textos y tradiciones sagrados no se hace mención alguna a ello. Nuestro pasado evolutivo no nos ha preparado para afrontar semejante desafío.

En mi sueño me preocupa que, corriendo el presente siglo, quienes ahora son niños –y más tarde, sus propios hijos– vivan en una comunidad de vida aquí en la Tierra cuyo futuro esté en peligro, un futuro en el que les resultará cada vez más difícil mantener la esperanza, encontrar sentido y disfrutar de la belleza.

Lo que está ocurriendo en la Tierra pertenece a un orden de magnitud que desborda el de cualquier otra realidad en la que los jesuitas hayamos volcado en el pasado nuestras energías apostólicas.

Es de mayor magnitud que cualquiera de los asuntos de justicia social de nuestros días. De hecho, tiene una importancia fundamental para estos últimos, en tanto en cuanto ninguno de ellos podrá resolverse al margen del contexto más amplio de lo que le está aconteciendo a la Tierra misma.

Estamos ante la realidad más dura de nuestra época, a saber, el destino de la Tierra con su comunidad humana. En mi sueño veo que, como compañía de hombres religiosos, somos llamados a dar una respuesta religiosa al destino de la Tierra. Esta parece ser la tarea más difícil que nunca se nos haya pedido acometer a los jesuitas. Representa un reto inmenso. Nos exigirá que dejemos atrás toda negación y parálisis y que avancemos hacia el futuro con esperanza, valentía y decisión.

En mi sueño, este futuro comienza envolviendo nuestro amor apasionado por la humanidad en un amor igualmente apasionado por la Tierra y su red de la vida. Tal amor nos llevará a colaborar con otros para propiciar una relación mutuamente enriquecedora entre la Tierra y su comunidad humana.

Hermanos en Cristo y compañeros en el camino, os agradezco que hayáis leído este esbozo de mi sueño. ¡Así habéis participado en la celebración de mi cumpleaños!

*Original inglés
Traducción de José Lozano-Gotor*

Secretariado para la Justicia Social y la Ecología

Borgo Santo Spirito, 4

00193 Roma

+39 06689 77380 (fax)

sjes@sjcuria.org